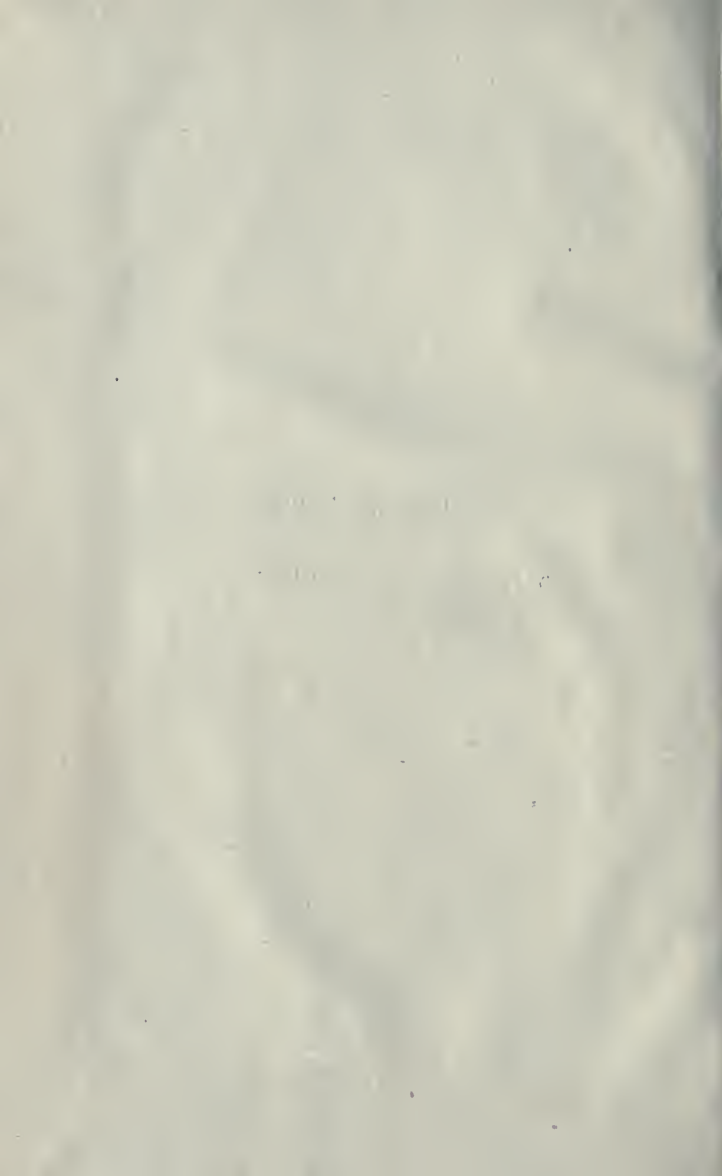








EL CONDE DE LÉMOS,
PROTECTOR DE CERVANTES.



Sp. B
3634

á Fernandez de Castro Andrade y Portugal

EL CONDE DE LÉMOS,

PROTECTOR DE CERVANTES.

ESTUDIO HISTÓRICO

POR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO.



282358
6. 2. 33

MADRID.

IMPRESA HISPANO-FILIPINA, BIOMBO, 4.

1880.



PARTE PRIMERA.

(1576—1609).

I.

Grande y extraordinaria animacion se notaba en el Palacio Real de Madrid, morada á la sazón del Rey D. Felipe III, en una mañana fría y lluviosa de los primeros días del mes de Diciembre de 1599. Los cortesanos entraban y salían presurosos, deteniéndose á veces en la antecámara de las régias habitaciones, donde todos hablaban y cuchicheaban de los acontecimientos del día.

Magnates, guardias y cata-riberas discurrían por el salón en amigable consorcio, y uno de éstos con aire de satisfacción decía:

—Mayor y más lucida Corte tenemos hoy en la otra antesala del Marqués, que usarcedes en esta.

—No es cosa extraña, replicó uno de los ugieres; van á felicitar al Marqués, porque S. M., Dios le guarde (y al decir esto hizo una profunda reverencia, y con él los demás concurrentes), le ha favorecido en el nombramiento de Duque de Lerma.

—Y nunca he visto al Marqués tan franco, tan comunicable como desde que le hacen Duque. Me dió

al verme un golpecito en el hombro, y me ofreció que muy luégo saldria proveido.

—Llueven las venturas en casa del ministro. Hace muy pocos días desposó á su hija, la hermosa Doña Catalina, con el Marqués de Sarriá, su primo-hermano, y presto habremos de tocar las consecuencias de tal enlace.

—Y monta, que S. M. la Reina (nuevas inclinaciones de cabeza) ha hecho merced á la nueva Duquesa de la carroza con las pías que le dió el Duque de Mantua á S. M. pasando por Italia, la cual es muy rica pieza.

—Ayer, sin ir más léjos, salió en ella la Duquesa con otras señoras.

—Todo se lo merecen, y Dios se lo aumente, dijo el cata-ribera. Yo me voy de aquí á cumplimentar al Marqués y á la hija del nuevo Duque.

—Y yo al igual, dijo otro de los pretendientes. Voy á visitar al de Sarriá con carta de mi deudo D. Juan de Arguijo, que tantos obsequios hizo en Sevilla á su suegra la Marquesa de Denia en el mes de Octubre pasado.

—Si carta llevais de Arguijo, gran cosa llevais, que el Marqués nunca deja á un lado las recomendaciones de sus amados poetas.

II.

Poco más de un mes habia transcurrido.

Era á mediados de Enero del año 1600, y habia grandes novedades en Palacio; que traian preocu-

pados á los cortesanos del Duque de Lerma y del Rey Felipe III. La camarera mayor, Duquesa de Gandía, habia salido para Alcalá, privada de su cargo; y se llevó el rigor hasta el punto de preceptuar que ningun caballero la acompañase. De esto y de otras mutaciones se hablaba acaloradamente en los numerosos grupos que ocupaban la antecámara del Rey.

—¡Lástima grande, decia un oficial de la guardia, que nos quiten al Marqués de Camarasa!

—Es un valiente capitán y un cumplido caballero, decia otro de los interlocutores.

—Pero no lo es ménos el que S. M. (y al decirlo se inclinó con reverencia el anciano obeso que hablaba, y lo mismo hicieron todos los del corrillo) tiene señalado para sucederle.

—Pues qué, ¿lo sabe ya nuestro querido músico? preguntó el oficial.

—Si me ofreceis callar y guardar para vosotros el secreto, os lo confiaré, tal como me lo ha dicho un amigo.

—Hablad, hablad, señor Espinel, y lo tendremos reservado.

—Pues, como sabeis, mi discípulo, que así le llamo y él me dice maestro, Lope Félix, me consulta sus versos.

—Y hace perfectamente, porque oído músico más delicado...

—Ni genio más descontentadizo, dijo entre dientes el oficial...

—Pues Lope, que hace años sirve de secretario al jóven Marqués de Sarriá, yerno y sobrino del Duque de Lerma, me dijo que su señor es el desig-

nado para mandar la guardia de la Real Persona.

—¡Brava eleccion sería!

—¡Y tan buena!

—Mozo es, pero *florido en años y en prudencia cano*, segun dice en su alabanza mi buen cordobés Don Luis de Góngora. Lo que yo dudo es que el Marqués acepte semejante encargo.

—Yo tambien tengo para mí que el Duque ha de reservarle para mayores empleos, añadió el oficial.

—¿Y es cierto que el Marqués hace tanta estima de Lope Félix de Vega?

—No solamente le confia todos sus secretos, y lleva todas sus cartas, sino que en el año último, ántes de la expedicion de la Córte á Valencia para recibir á nuestra Soberana, llevó el Marqués su condescendencia y las muestras de su afecto hasta el punto de encomiar con dos preciadas redondillas el poema castellano de San Isidro.

—Holgaria de leerlas.

—Pues escuchadlas, que es igual; téngolas de memoria, como otras muchas.

«Tan alto alzastes el vuelo
Cantando á *Isidro*, que vos
Haceis que el santo de Dios
Hoy suba otra vez al Cielo:
Y por haberle subido
Queda, historiador sagrado,
Isidro más estimado,
Y vos á Dios parecido.»

—Poco se me alcanza de poesía; mas, con todo eso, no me parecen mal las redondillas.

—Yo vos las marco por buenas, dijo Espinel retirándose de los guardias, y podeis decir que al leerlas educais el oido en el buen concepto de las antiguas coplas castellanas.

III.

Razon tenian de dudar los guardias del Rey Don Felipe.

Á pesar de todas las variaciones que se hicieron en el personal de la servidumbre palaciega, no entró el Marqués de Sarriá en ninguno de los puestos vacantes, aunque todos fueron ocupados por personas afectas al Duque de Lerma. Y es que, en efecto, el favorito de Felipe III reservaba á su yerno para más altos empleos.

En el año de 1601 falleció D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lémos, sucediéndole en el título y estado su primogénito el Marqués de Sarriá, el protector de Lope de Vega, el amigo de Vicente Espinel.

Al pronto se habló del nuevo Conde para el virreinato de Nápoles; mas, dejándolo en suspenso, se le confirió la Presidencia del Consejo de Indias, cuando apenas contaba veinticinco años.

Personaje de tan altas prendas, que en tan temprana edad era propuesto como digno de los más elevados cargos, y que andando el tiempo fué uno de los pocos que tendieron al gran Miguel de Cervántes una mano que le sacaba de la miseria y del abatimiento, haciéndose por estos rasgos de su noble corazon tan simpático á la posteridad, como ad-

mirable por sus demas merecimientos, bien tiene el de que nos ocupemos en dar á conocer los sucesos de su vida.

IV.

D. Pedro Fernandez de Castro nació en Galicia, probablemente en Monforte, pueblo de los estados de su padre, en el año 1576. Fué hijo del ya nombrado Don Fernando, y de Doña Catalina de Sandoval, hermana del Marqués de Denia, que luégo fué Duque de Lerma.

Dice Vicente Espinel (1) que «desde niño tierno »descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, »acompañado de ingenuas virtudes, que, habiéndolo »puesto su Rey en los más preeminentes oficios y »cargos que provee la Monarquía de España, ha sacado milagroso fruto á su reputacion, siendo muy »grato á su Rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno, y muy loado de las naciones »extranjeras.»

La educación que recibió fué proporcionada á sus talentos y á las esperanzas que en él fundaba su noble casa. Cultivadas por buenos estudios sus felices disposiciones, fué dando muestras de clarísima inteligencia y vivo ingenio, al par que de natural noble y generoso.

Como primogénito de la çasa de Lémos, usó

(1) *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon.*—Madrid: Juan de la Cuesta, 1618.—Relacion 1.^a—Descanso 23.

en sus primeros años el título de Marqués de Sarriá.

Ya por esta época debia de ocuparse D. Pedro en ejercicios poéticos, pues á ellos debe referirse lo que Lope decia en la *Epístola* dirigida al Conde, que insertó en *La Filomena* (Madrid, en casa de la viuda de Alonço Martin, 1621), aunque escrita á lo ménos en el de 1608.

«Estilo superior, divina mano,
Pluma sutil de peregrino corte,
Arte divino, contrapunto en llano.

Soys del mar de escribir lucido Norte,
Pero direys que son lisonjas éstas,
Como me dan los ayres de la córte.

Aunque si son verdades manifiestas,
Díganlo las *epístolas* divinas
Que os escuché con tal primor compuestas.»

Por desgracia no se conservan, ó á lo ménos nunca las hemos visto, esas epístolas tan celebradas, ni otros rasgos poéticos de esta época, fuera de las dos redondillas con que en 1599 concurrió al encomio del *Isidro*, y ya dejamos recógidas.

V.

En la primavera de aquel mismo año, por el mes de Abril, se trasladó la Córte á Valencia para recibir á Doña Margarita de Austria.

Con los demas cortesanos fué el Marqués de Sarriá, acompañado de su secretario, que escribió poética relacion del viaje, y formó parte de los treinta y seis nobles que acompañaron al Marqués de

Denia á Vinaroz á dar el primer saludo á la Reina. Iban todos vestidos de encarnado y blanco, con pasamanos de oro, y sendos criados con los mismos colores y pasamanos de seda. Venía Doña Margarita á casarse con Felipe III, y el Rey quiso veria ántes de ser conocido; salió secretamente de Valençia con el mismo traje que llevaban los caballeros, y se confundió entre ellos: vió á la Reina, y quedó muy contento de la hermosura, buena gracia y discrecion de S. M., segun dice Luis Cabrera de Córdoba (1).

Al volver la Córte á Madrid ocurrieron en el Palacio las novedades que reseñamos al empezar, y se trató de conferir el mando de la Guardia Real al Marqués, segun dice el mismo cronista.

VI.

Sobrino y yerno del gran favorito del Monarca, de aquel omnipotente señor que debió al afecto de Felipe III la conservacion de un puesto á que no le destinaron dotes especiales de talento, ilustracion ni carácter, ni ménos el afecto de la nacion, estaba llamado el Conde de Lémos á representar gran papel en la córte española.

Las simpatías de que gozaba eran generales; su mérito y sus talentos reconocidos por todos; natural era que el Duque de Lerma tratara de utilizar

(1) *Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España desde 1599 á 1614.*

para su propia popularidad las altas prendas de su yerno.

Tratóse de conferirle, como único destino correspondiente á sus méritos, uno de los virreynatos, y se pensó en el de Nueva-España; mas debió de rehusar el de Lémos el abandonar su patria, ó no contentó al de Lerma separarse de su hija;... es lo cierto que fué nombrado para el cargo D. Luis de Velasco, Marqués de Salinas, y que, áun cuando en aquellos dias se habló en la córte de que al Conde de Lémos se le concedería el virreynato de Nápoles, como todavía no habia concluido el Gobierno del Conde de Bentavente, tales rumores, si algun fundamento tuvieron, no pasaron por entónces de meras hablillas de palaciegos.

VII.

El Conde con su esposa se marchó á Galicia á mediados del año 1607; se estableció en su pueblo de Monforte, y léjos del movimiento cortesano, se entregó de lleno á sus estudios y aficiones.

Allí, al lado de su esposa, en el retiro del hogar, rodeado de las bellezas naturales, y exaltada su imaginacion al contemplarlas, debió escribir muchas poesías; que, como dice el autor de quien luego habremos de ocuparnos, «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, el murmurar de las fuentes, la serenidad de los cielos, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas.»

Pocas composiciones poéticas del Conde de Lémos

se han salvado del olvido, y solamente podremos dar cabida á dos que se conservan en la Biblioteca Nacional, una de ellas publicada, inédita la otra. Únicamente con la indicacion de su autor, pero sin epígrafe alguno, en el Códice M.-86, al folio 88 encontramos el siguiente

SONETO

DEL CONDE DE LÉMOS.

Montaña inaccesible, opuesta en vano
al atrevido paso de la gente,
ó nieblas humedezcan tu alta frente,
ó nieve ciña tu cabello cano.

Caastro mayoral, en cuya mano
en lugar de baston se ve el tridente,
con su consorte amada, Sol luciente
de Rayos negros, Serafin humano;

Tu cerviz dura pisa, y la pastora
yugo te pone de cristal calzada
coturno de oro, arminio en piel vestida;

Huirá la nieve de la nieve agora,
ó ya de sus dos blancos piés vencida,
ó ya de sus dos Soles desatada.

Debemos advertir que en las obras de D. Luis de Góngora, recogidas por D. Gonzalo de Hoces y Córdoba, corre como suyo este *soneto*. De mayor importancia y mucho más agradables son las *décimas* que se encuentran al folio 49 del mismo Códice. Dicen así:

DEL CONDE DE LÉMOS.

¿Cómo podré prevenirme
contra el mal de mi desdicha,
si con el bien de mi dicha
apénas puedo avenirme?
Dexe ya de combatirme
el esperar y el temer,
que no puedo ya tener
la esperanza que he tenido,
pues sobre haberla perdido
no tengo ya qué perder.

Sin ninguna confianza
vivo ocioso en mi cuidado,
pero, en un desesperado,
¿de qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! que nadie alcanza
aqueste despecho esquivo;
yo sólo soy quien lo escribo,
yo sólo soy quien lo siento;
él me tiene sin aliento,
ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,
porque ninguna deseo;
todo lo examino y veo,
y de nada me aseguro.

Ni me quexo ni me apuro ;
hállome sin resistencia ,
sufriendo hasta mi paciencia ;
y en estado tal estoy ,
que por do quiera que voy
no soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo
obro á veces tan acaso ,
que ni siento lo que paso
ni consiento lo que digo.
Téngome por enemigo
despues que la causa dí ;
si con causa me perdí
ora de cuerdo ó de loco ,
dáseme de mí tan poco
que ni áun sé parte de mí.

VIII.

Tales y tan agradables esparcimientos ocupaban al Conde, cuando al finalizar el mes de Octubre del año 1609 fué enviado á llamar de la Córte con mucha priesa. Entendióse que era para ir en las galeras que habian de regresar á Italia , á servir el cargo de Virrey en Nápoles , para el que estaba proveido.

Y así era en efecto.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

(1610—1616).

I.

—Pasad adelante, señor Miguel, que aunque estamos por todo extremo atareados descolgando las tapicerías de los aposentos y preparando la ropa para enviar á embarcar para Nápoles, todavía el Conde, mi señor, holgará de veros ántes de pasarse á posar en Palacio, en el cuarto del Duque, su tío.

—Bien está, señor Santillana; pero andad más aprisa por vida vuestra, para que lleguemos. Bueno será que movais más los piés y ménos la lengua.

—No lo puedo remediar, señor Cervántes; soy locuaz, demasiado charlatan cuando veo personas de las de mi agrado. Y como á vos os vemos tan de tarde en tarde por acá.... Desde la enfermedad del Conde, mi señor, hace ahora dos meses no os he vuelto á ver.

—¿Y cómo le va de salud?

—Tal cual; así, así; medianillamente, aunque él no lo confiesa. Pero á mí, que le he criado, no puede engañarme. Aquellos crecimientos que tuvo por

Diciembre fueron malignos, y á todos nos pusieron en cuidado por su poca complexion y la debilidad de cabeza.

—Pero de entónces hasta ahora no ha vuelto á resentirse.....

—A Dios las gracias. Y cuenta que bien mé lo he temido, y tambien lo temia mi señora la Condesa, que fué golpe inesperado, y que mucho pesar le causó la súbita muerte del secretario Ramirez de Arellano.

—¡Pobre D. Juan! Hombre era de grande estima, y que merecia toda la confianza del Conde. Nunca olvidaré que á él debí mi entrada en esta casa.....

—Mucho os estimaba, aunque con razon, señor Cervántes; pues bien sé que os habíais conocido en vuestras mocedades en los jornadas de Italia, y muchas veces me refirió que érais un buen camarada en la pelea por vuestro valor, y en el aposento por vuestro genio alegre, que siempre encontrábais modo de hacer llevaderos los trabajos.

—Eso se borre, Santillana, que hace muchos años es pasado; y decidme, ¿cuándo piensa partirse el Conde para su gobierno?

—Todavía no lo ha dicho, y pienso que ha de tardar; porque dicen que no ha de partir hasta dejar sentenciado el pleito que tiene con el Conde de Monterey sobre el estado de Viezma. Y á Dios quedad, que no tardará en venir aquí S. E., y no quiero que me encuentre hablando, hablando y mano sobre mano cuando sobra la faena para todos.

II.

Triste y meditabundo, apoyado sobre el antepecho de una ventana, permaneció algunos minutos Miguel de Cervántes, descansando la frente sobre sus manos. El ruido de una puerta que se abría le sacó de sus cavilaciones, y al levantar la vista se encontró frente á frente con el Conde de Lémos.

—Preciso ha sido para veros que os enviase á llamar, señor Cervántes, dijo aquél con acento bondadoso, y como entre grave y chancero, pues á lo que parece, no hacíais cuenta de volver tan presto.

—Desde el dia en que vine á daros la enhorabuena por la merced que S. M. os habia hecho, os declarásteis tan franca y resueltamente verdadero señor y bienhechor mio, que he temido ser molesto...

—Eso no se diga, que me enojareis de veras: jamas cansan los hombres de talento; y si la adversidad los persigue, gracias doy al cielo que ha puesto en mis manos los medios de reparar su mala fortuna. Por otro lado, me habeis prometido continuar sin tregua la *Historia del famoso manchego*, que tantas otras historias lleva ocultas, y las demas obras que hace tiempo os ocupan, y por ello mis beneficios dejan de ser graciosos, desde que dan en interesesados.

—Nobleza es, señor, disimular el beneficio; pero esto es inútil hacerlo para un corazon agradecido. Por eso, ántes de calzar las espuelas á *D. Quijote* en su tercera salida, y de poner mano en la continua-

cion de *La Galatea*, de quien sé está aficionado V. E., he recogido algunas obras mias de las muchas que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, con el deseo de mostrar el mucho que tengo de serviros.

—¿Y cuáles son esas obras, señor Cervántes?

—Novelas breves son, aunque misterio tienen escondido que las levanta; y tanto, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse con las más pintadas.

—Mucho me holgaré de verlas ántes de que se dé órden en mi partida; y desde luégo acepto la dedicacion, y mi contador os enviará algunos ducados para que crezcan en brazos de la estampa.

—Dispuestas tengo ya algunas, y enmendadas de como mi ingenio las engendró en los pasados años. De Sevilla recibí no há muchos dias algunas de las que allá dejé en poder de varios amigos, y ocúpame de presente el trabajo de repasarlas. Mas de cualquier modo, ellas vendrán y serán leidas en las veladas de V. E. cuanto fuere servido.

—Muy luégo será. Y ántes de pasar adelante, he de dèciros, mi buen Cervántes, el motivo por que os llamaba.

—Ya escucho.

—Pues, como sabeis, murió el buen D. Juan Ramirez cuando ménos lo esperábamos, y cuando yo le reservaba el puesto debido á sus merecimientos de Secretario de Estado y Guerra del virreynato. Para llenar tan grande falta pensé en Lupercio Leonardo, y aunque temí que no aceptara, le escribí sobre ello, y muy luégo debe llegar á Madrid en compañía de su hermano Bartolomé, y trayéndome además á su

hijo D. Gabriel, de cuya felicísima memoria debeis estar informado.

—No puede caber duda de que con esos oficiales la Secretaría de Nápoles dará envidia al mismo Parnaso.

—Pues áun pienso confiarles el encargo de que lleven en calidad de agregados el mayor número posible de los buenos poetas de España.

—Yo os aplaudo el pensamiento; que por una parte favorecis la poesía, que harto desvalida anda en estos tiempos, y por otra llevais esparcimiento de los grandes cargos de la gobernacion de un reino, tan ilustre como corresponde á la alteza de vuestro ingenio.

—Harto me pesa que vuestra edad y vuestros achaques sean impedimento para que me acompañeis, señor Cervántes.

—No lo fueran, señor, tales que no los venciera mi deseo de serviros, sin la dura carga que en mis hombros veo, de mujer é hijos, hermana y sobrina, que la fortuna me cargó pesada.

—Mas no creais que por la ausencia habré de olvidar vuestros cuidados.

—Ni yo he de echar en olvido vuestros beneficios y bondades; y muestra serán de ello las obras que allá he de enviar bajo de vuestro nombre y proteccion, declarándoos siempre mi verdadero señor y firme amparo.

—Pues á Dios quedad; y festejaremos en amigable academia la llegada de los Leonardos cón la lectura de esas obras que me decís os ocupan. ¿Cómo pensais intitularlas?

—*Novelas Exemplares*; porque no hay ninguna de que no se pueda sacar algun ejemplo provechoso.

III.

El tiempo señalado para la partida del Conde de Lémos estaba muy próximo. Todos los preparativos se habian terminado con la ostentacion y pompa correspondientes al rango del personaje y altísimo cargo de que iba investido. El Rey le hizo merced de cuarenta mil ducados para ayuda de costa de la jornada.

Por su parte, el Secretario Lupercio Leonardo y Argensola habia cumplido á maravilla el encargo que el Conde le confiára, y se encontraba en Madrid con su esposa Doña María Bárbara de Albion, su hijo y el Rector de Villahermosa, su hermano, todos dispuestos á trasladarse á Nápoles á la primera orden.

Presta se encontraba tambien la lucida córte de ingenios que habia de acompañarlos. La eleccion habia dado motivo á mucho escándalo y movimiento, intrigas y disgustos en el círculo literario de la córte. En las gradas de San Felipe no se habló de otra cosa en muchos meses. El *mentidero de Madrid* abultaba las novedades y aumentaba las noticias.

Entre los elegidos figuraban el Doctor D. Antonio Mira de Amescua, Arcediano de Guadix, su patria, notable poeta dramático alabado por Cervántes y por Lope de Vega; Gabriel de Barrionuevo, tambien poeta y autor de varios entremeses muy agudos, y celebrados; Antonio Laredo y Coronel, Francisco de Ortigosa, y algunos otros jóvenes de claro talento, pero de menor nombradía.

Quevedo no quiso ir por entónces. Entre los desdenados entraron D. Luis de Góngora, Cristóbal de Mesa y Miguel de Cervántes. Todos, segun decia el *mentidero*, por su condicion; segun sus amigos, por su edad y sus achaques (Cervántes tenía sesenta y tres años, Góngora cincuenta, Mesa cuarenta y seis.) Si hubo otra causa ó razon, no se ha llegado á saber.

Góngora se quejó en un soneto notable, diciendo:

El Conde mi señor se va á Napóles
y el Duque mi señor se va á Francia,
Príncipes, buen viaje, que este día
Pesadumbre daré á unos caracoles.

Como sobran tan doctos españoles
Á ninguno ofrecí la Musa mía,
Á un pobre albergue sí de Andalucía,
Que ha resistido á Grandes, digo, á Soles.

Con pocos libros libres (libres digo
De espugnaciones) paso y me paseo,
Ya que el tiempo me pasa como higo.

No espero en mi verdad lo que no creo;
Espero en mi conciencia lo que digo;
Mi salvacion es lo que más deseo.

Mesa se quejó tambien en términos muy claros, dirigiéndose al mismo Conde. Cervántes calló por entónces, fiando en las promesas que se le habian hecho; despues, en el *Viaje del Parnaso*, se lamentó del olvido de los Argensolas diciendo:

Que tienen para mí á lo que imagino
La voluntad como la vista corta.

Triunfante asimismo el Conde de Lémos, y muy gozoso por haber obtenido sentencia favorable en el pleito que sostenia con el Conde de Monterey, pues aunque la renta que ganó no pasaba de 4.000 ducados, era hacienda de cualidad en Galicia, pasó á Lerma, donde se encontraban los Reyes, á despedirse de ellos, en los primeros dias del mes de Mayo.

IV.

Á 17 de Mayo de 1610 partieron de Madrid los Condes de Lémos para ir á embarcarse en Vinaroz. Fueron acompañados de toda la nobleza de España, y con grave aparato y demostracion de grandeza, como requería el cargo que llevaban.

En Vinaroz los aguardaban las seis galeras de la escuadra de Nápoles, que el Rey les habia mandado dar, y con ellas debia volver á España el Conde de Benavente, que cesaba en el cargo de Virrey.

La navegacion fué próspera y feliz; y en los primeros dias del mes de Junio dieron vista á la capital ilustre que se sienta á la falda del Pausilipo, y tomó el Conde de Lémos posesion del cargo que el Rey le confiaba.

V.

Grato recuerdo quedó en el reino de Nápoles de la gobernacion del ilustre Conde.

Atento á la buena administracion del Estado y á proteger los hombres industriosos, era inexorable y severísimo con los malvados y vagabundos que allí acudian de todas partes por la mucha comodidad y holgura en el vivir. De su justicia se citan ejemplos admirables.

Para la guardia de su persona y debida ostentacion del cargo, tenía lucidísima escolta de españoles que vestian calzas enteras, armas doradas, picas con fundas de terciopelo, y penacho en el morrion con bravos cuellos y puños abiertos (1).

Las obras de embellecimiento y utilidad de la corte le merecieron señalada preferencia.

Ahí quedaron como insignes testimonios de su ilustracion y amor á las artes el suntuoso palacio de los Virreyes, el magnífico edificio de la Universidad, las grandes obras para reducir á campos amenos y salutíferos las lagunas y pantanos pestilenciales, y para conducir desde el Vesubio las aguas que hermocean la ciudad y fertilizan sus deliciosas vegas (2).

Mas á pesar de todos los cuidados no se descuidaban las letras. Habia juntado el Conde-Virrey una lucida Academia, de la que fueron iniciadores Lupericio Leonardo y Argensola, y el napolitano Juan B. Manzo, Marqués de la Vila. Llamáronla de los *Ociosos*; y en efecto, en ella pasaban los ratos que le dejaban vagar las tareas de la Secretaría todos los

(1) *Comentarios del Desengañado*, ó sea *Vida de D. Diego Duque de Estrada*, escrita por él mismo. (Ms. de la Biblioteca Nacional.) *Memorial histórico español*.—Tomo XII.—Madrid: Imprenta Nacional, 1860.

(2) Navarrete.—*Vida de Cervántes*, pág. 183.

poetas que el de Lemos habia llevado de España, y los principales de Italia.

Brillaba en aquellas agradables reuniones el jóven D. Gabriel Leonardo por su felicísima memoria y festivo ingenio. Y no ménos brillaba el insigne Virrey, cuyos elegantes versos excedian á los de Homero y Virgilio, al decir de sus comensales.

Recitábanse cada noche las poesías que los escritores habian emborronado en la oficina; se aplaudian y corregian lo mismo las buenas que las malas, y se daban temas forzados de extraños asuntos para procurar recreo y variedad. Todos los ingenios que de diversos puntos llegaban á Nápoles, eran admitidos y obsequiados.:

En entrando de las puertas adentro ninguno podia hablar, á ménos que fuese en verso, so pena de ir pagando nieve y confitura, segun el delito, con graciosísimas acusaciones y pleitos.

VI.

Representaciones de improvisadas comedias, por todo extremo disparatadas y graciosas, solian amenizar las veladas.

Memoria de una de éstas, que debió de ser harto célebre, nos ha conservado en sus *Comentarios* el mencionado D. Diego Duque de Estrada.

Era la bajada de Orfeo al reino de Pluton en busca de su consorte:

«Que no pudo á peor lugar
Llevarle tañ mal deseo,»

segun decia Quevedo.

Tocó el papel de Orfeo á cierto capitán Anaya, hombre de ingenio y chispa, que sacó por cítara unas parrillas forradas de pergamino, con que hacía un ruido desapacible. Representó Proserpina Bartolomé Leonardo y Argensola, cuya gorda catadura excitaba grandemente la risa del auditorio, y que llegó al extremo cuando le vieron acercarse á Pluton (que lo figuraba el secretario Laredo, sentado sobre un armario que le servía de trono) y decirle con mil dengues y remilgos:

Soy Proserpina; estoy en la mórada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere-morder por el trasero.....

á lo que Pluton contestó gravemente:

Bien hay en qué morder, no importa nada.

La función acabó en tragedia, ó á lo ménos en tragi-comedia; porque al bajar Pluton del armario, cayó éste encima de los otros actores, saliendo todos, cuál más, cuál ménos, lastimados.

VII.

Entre los muchos viajeros que visitaron al Conde en su capital, no pueden dejar de recordarse tres

españoles insignes: D. Francisco de Quevedo Villegas, que fué allá fugitivo á consecuencia del caballeresco suceso de la iglesia de San Martin, en la noche del Juéves Santo del año 1611. El Gran Duque de Osuna, Embajador de España en Venecia, y el Conde de Villamediana, célebre en nuestra historia literaria por sus desenfadadas sátiras y por su trágico fin.

VIII.

Un desgraciado suceso vino á turbar la alegría de la ilustrada córte del Virrey.

En el mes de Marzo de 1613, falleció inopinadamente y tras brevísima enfermedad el secretario Lupericio Leonardo y Argensola.

El dolor del Conde de Lémos fué grandísimo.

La *Academia de los Ociosos* le consagró suntuosas exequias. Concurrieron los Príncipes y personajes notables de toda Italia; hubo poesías latinas, italianas y españolas; y en el túmulo, de maravilloso artificio, levantado para aquella fúnebre solemnidad, se colocaron inscripciones con grandes alabanzas del finado.

IX.

Vacante la plaza de cronista del reino de Aragon, que desempeñaba Lupericio Leonardo, quiso conti-

nuar en ella su hermano Bartolomé, para lo cual envió sus memoriales á los Diputados de la Corona; y para facilitar y esforzar sus pretensiones, escribió tambien el Conde de Lemos á aquellos señores en los siguientes términos:

«El Secretario Lupercio de Argensola, cronista de ese Reyno, es muerto, dexándome con el sentimiento que se debe á la falta de tan gran sugeto, de cuyo ingenio Aragon y toda España esperaba justamente grandes frutos. Ha conformado su muerte con la integridad de su vida, con lo qual, y con su hijo que le sucede, hallo algun consuelo. Al oficio de cronista que ahora vaca, y V. S. ha de proveer, á mi juicio, supuesto que en la eleccion se ha de atender á los méritos, que la obra y el ministerio piden, no hay en España quien tenga tanto derecho como el Doctor Bartholomé Leonardo, hermano del difunto: pero no inferior ni casi en la edad. Mucho ántes que Lupercio con orden de ese consistorio tratase de continuar los Anales de Zurita, y de presequirlos hasta nuestros tiempos, tenia el dicho Rector hecho aparato y estudio para el mismo efecto. De su caudal, de su estudio, y lenguaje latin y español, casi en todos los Reynos de Europa hay noticias y aprobacion. Por lo qual, y por acudir á mis obligaciones, que son tan sabidas, le suplico á V. S. se sirva de darle este oficio; pues demás de la merced que yo recibo, cumplirá ese Consistorio con su conciencia y con el deseo universal, que sin duda se endereça á lo mismo. De la importancia del negocio, de la suficiencia de la persona propuesta, y como he dicho, de mis obligaciones, se puede inferir que no lo pido por cumpli-

miento, sino con las mayores veras que puedo, y de las mismas causas infiero que hago lisonja á ese Consistorio y á ese Reyno con habérselo suplicado.— Nápoles, 18 de Marzo de 1612 años.—EL CONDE DE LÉMOS.»

Á pesar de tan buena recomendacion, no obtuvo entónces Bartolomé el empleo de cronista que apetecia.

X.

Algunos meses despues de este desgraciado acontecimiento, recibió el Virrey, con una carta de *Miguel de Cervántes*, la *Dedicatoria* del libro de *Novelas Ejemplares*, de que le habia hablado ántes de su salida de España, que venía fechada en 13 de Julio de 1613. Despues dirigió *Cervántes* nueva carta al Conde para que admitiese la direccion de las *ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*; y no se hizo esperar la de la *Segunda parte del Ingenioso caballero D. Quixote de la Mancha*, ya aceptada por el Conde, como la de las *Novelas*, ántes de su salida de Madrid.

En todas ellas aparecen las muestras del agradecimiento del escritor á los beneficios que la mano liberal del Conde de Lémos le prodigaba. Y es altamente satisfactorio el considerar que si el ilustrado magnate era el sosten y el amparo del escritor desvalido, éste en los rasgos de su pluma consagraba á la inmortalidad el nombre de su bienhechor.

Más debe el Conde de Lémos la fama de su nombre y la inmortalidad de su fama á los libros que le dedicó *Cervántes*, pobre y oscurecido en Madrid, que al suntuoso palacio que, para mansion de los Virreyes, hizo levantar en Nápoles, y á los otros edificios con que engalanó la ciudad. De aquellos nadie recuerda hoy al autor, y han sido eclipsados por otros más ricos y más modernos. Las obras de *Cervántes* no han sido superadas, y eternizan el nombre de sus favorecedores.

Sobre estar enfermo, estaba muy sin dinero el soldado de Lepanto, cuando en el último dia del mes de Octubre de 1615 firmaba la *Dedicatoria* de la *Segunda parte del Quixote*; pero, en Nápoles tengo, decia, *al Conde de Lémos, que me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.*

XI.

Por muerte de Lupercio Leonardo, habia confiado el Conde la Secretaría del virreynato á D. Gabriel Leonardo de Albion, su hijo.

Jóven que apenas contaba 26 años, era sin embargo el D. Gabriel aventajadísimo y diestro en el despacho de los negocios; y era tan feliz su memoria, que en una ocasion relató al Conde más de cien memoriales, sin equivocarle las pretensiones, con haberlos leído una sola vez.

Otra demostracion de su memoria prodigiosa refiere D. Diego Duque de Estrada, en su *Vida* citada ántes. Dice que habiendo compuesto en cierta oca-

sion diez décimas para recitarlas en la Academia, se las enseñó á D. Gabriel, el cual le dijo que las tenía escritas y las sabía de memoria. «*Enojóme tanto, dice Duque de Estrada, que quise desafiarme, y empuñé la espada, diciéndole que no era yo hombre que vendia por mio lo que él se sabía de memoria. Rióse de mi cólera diciéndome, pues escuche: y díxome las diez décimas, sin que faltase un tilde. Yo entré más en cólera, jurando que habia de matar al paje que me habia tomado el original; pero viéndome determinado, me dixo: fuera cólera, y seamos amigos; que lo mismo hago con una comedia y con un sermon.*»

Su propio padre, Lupercio Leonardo, escribia desde Aragon á Justo Lipsio, y hablándole de su hijo le decia: «*Filius est mi Gabriel, qui non dum decimum quintum annum ætatis explevit* (la carta está fechada en 9 de Diciembre de 1602, y por lo tanto se deduce que habia nacido en 1588, que fué el siguiente al del enlace de Lupercio con Doña María Bárbara) *latinæ; greecæque linguæ non ignarus; moribus candidissimis, puer meliori ævo, meliore patre dignus.*»

En manos tan expertas ponía el Conde la administracion del reino, y á tales hombres confiaba el despacho de los árduos negocios de su gobernacion; por eso no es de extrañar que los napolitanos vieran con señaladas muestras de disgusto cómo se iba aproximando el término del sexenio, y que demostraran sus sentimientos de adhesion, de afecto al Conde de Lémos cuando llegó el fin de su gobierno.

XII.

Cuando el Conde se disponia en Nápoles para emprender su viaje á España, se encontraba en Madrid á las puertas de la muerte, solo, triste, postrado y sin recursos *Miguel de Cervántes Saavedra*.

El deseo más ardiente del gran escritor era saber la llegada del Conde á los puertos españoles. Con ella esperaba ver mejorar su suerte, aumentar sus recursos, harto escasos y reducidos para tan penosa enfermedad como la hidropesía, que le aquejaba; y tanto era su anhelo, que hasta creía habia de prolongarse su existencia para besar las manos de su bienhechor.

No quiso Dios darle tan gran consuelo. Crecen las ansias, las esperanzas menguan; el tiempo es breve, el temor grande..... Recibe el escritor ilustre la Exremauncion devotísimamente y con humildad cristiana, el lunes santo 18 de Abril de 1616; y al día siguiente, aprovechando un momento de tranquilidad, escribió al Conde aquella *Dedicatoria* sin igual, digna, como dice uno de sus biógrafos, de que la tuvieran presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros.

«*Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo tan celebradas, que comienzan*

Puesto ya el pié en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
con las ánsias de la muerte,
gran Señor, esta te escribo.»

Tal fué el último recuerdo que *Cervántes* consagró al de Lemos. Al llegar éste á su palacio de Madrid recibió tan interesante *Dedicatoria*, con el pesar que puede imaginarse; y es de creer que por sus cuidados se dieron á la estampa *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

(1616—1622).

I.

Divulgada la noticia del regreso del Conde , trasladáronse á Valencia , donde debia desembarcar , muchos de sus amigos y favorecidos , para recibirle y abrazarle. Con ellos fué tambien Lope de Vega , que adoleció de una enfermedad bastante grave en aquella ciudad.

Al llegar á la Córte , fué recibido el Conde de Lémos con grandes demostraciones ; se le confió la presidencia del Consejo de Italia , y se le nombró gentil-hombre de Cámara para el cuarto del Príncipe Don Felipe.

Ya en aquel tiempo comenzaba el Duque de Lerma á sentir que su poder é influencia vacilaban. El confesor del Rey , el célebre Fr. Luis de Aliaga , iba minando sorda y disimuladamente el terreno al favorito ; y , para mejor logro de sus intentos , buscó y encontró , donde ménos pudiera esperarlo , poderosos auxiliares. El hijo mayor del Ministro , Duque de Uceda , y el primer Secretario , D. Rodrigo Calderon , se unieron al Confesor para ayudarle en sus maqui-

naciones. La ingratitud se coligó con la soberbia; la ambicion del mando fué lazo de la union.

Conocia el de Lerma que un poder extraño y misterioso iba oponiéndose á su valimiento; pero no atinaba de dónde podia venir el golpe. No era fácil sospechar tanta perfidia.

El Duque temió, ó más bien adivinó, que la intriga se fraguaba entre la servidumbre del Príncipe. Entónces encargó al de Lémos se hiciera dueño de la amistad y confianza de aquél, procurando debilitar el influjo de muchos, de quienes, con harta razón, sospechaba. Pero ya fué tarde.

II.

Formábase la nube que habia de descargar el rayo sobre el omnipotente Ministro. La atmósfera cortesana se iba cargando de intrigas. Pero adelantaban lentamente. El centro principal estaba en el cuarto del Príncipe D. Felipe, donde el gentil-hombre don Gaspar de Guzman comenzaba á dar muestras de lo que habia de ser luégo el Conde-duque de Olivares.

El Conde de Lémos, atento por una parte á cuanto podia traslucirse entre la servidumbre del Príncipe en interés de su tio el Duque de Lerma, empujando por otra el favor de que con aquél gozaba el enemigo, deseoso de derrocarlo, no abandonaba por eso el estudio, ni dejaba el trato de sus amigos literarios.

Tuvo lugar entónces, en el mes de Octubre de 1617, la dedicacion de la Iglesia Colegial de Lerma, acto que se verificó suntuosa y solemnísimamente. Asis-

tió á las fiestas el Rey Felipe III; y cerca del anoche-
cer del día 16, en la iglesia de San Blas, en un teatro
muy adornado, con buena disposicion y traza, se re-
presentó la comedia titulada *La casa confusa*, que el
Conde de Lémos habia escrito para aquella ocasion.

Sobremanera agradó al auditorio; y eso que vero-
símilmente debió separarse mucho del estilo de las
que el público escuchaba en los teatros, cuando la
calificaron por la primera cosa más conforme al Arte
que se ha tenido en España.

Para la representacion estuvieron unidos los co-
mediantes mejores de diferentes compañías, bajo la
direccion del famoso Pinedo.

Dió á fábula con nombre de *Confusa*
Límite alegre, en popular estilo;
Escribió Apolo, recitó la musa,
Añudando los labios á Zoílo:
Pluma, pues vuelas torpemente, escusa
Honores del que dellos es asilo;
Dió á la comedia fin, como al deseo,
Honesta Vénus, lícito Himeneo.

Esto dice de la comedia el riojano Francisco Lo-
pez de Zárate, en la *Descripcion poética de las fiestas*
de Lerma.

La obra, sin embargo, á pesar de tan circunstan-
ciadas noticias, y de figurar en los catálogos de Me-
del y de Huerta, no es conocida.

Tambien Cervántes nos dice en *El viaje del Par-
naso*, haber escrito una comedia titulada *La confusa*,
que pareció en los teatros admirable, pero que tam-
o co ha podido descubrirse hasta hoy.

III.

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1618.

Unidos se encontraban en la antecámara del Príncipe el Conde de Lémos y su primo el jóven Don Fernando de Borja, Comendador Mayor de Montesa, entregados á una grave conversacion y de sumo interés, segun las apariencias y sigilo con que hablaban, cuando fueron interrumpidos por un portero de Cámara, que entregó al de Montesa un pliego sellado de órden de S. M.

Abrirlo y palidecer, todo fué una misma cosa. Recogiólo el Conde de Lémos, lo leyó con rapidez, y palideció igualmente. Era órden soberana, desabrida y seca en el fondo como en la forma, para mandar á D. Fernando que nunca más volviese á hablar á solas con el Príncipe D. Felipe.

La intriga palaciega habia triunfado. La influencia del Confesor Aliaga empezaba á manifestarse. El Conde de Lémos hizo en aquel mismo punto la renuncia de sus cargos, conducta que imitó el Comendador de Montesa.

IV.

Dos días despues fué comunicada al Duque de Lerma la órden que le preceptuaba salir de la Côte.

El Duque de Uceda, su hijo primogénito, le sucedió en la privanza y en el Ministerio. En la servidumbre de Palacio hubo grandes mutaciones. Las sátiras contra los caídos fueron muchas y corrieron por todas partes. ¡Espejo y desengaño fué la caída del Duque de Lerma, que siempre deben tener en memoria los poderosos!

El Conde de Lémos, disgustado de tantas miserias, quiso apartarse de los lugares donde tenían cabida, y sin más compañía que la de su esposa, se retiró á su villa de Monforte, y volvió á entregarse por completo á sus placeres favoritos, al estudio y á la poesía, huyendo de todo linaje de intrigas.

Tal vez su amigo Bartolomé Leonardo y Argensola hubo de preguntarle la causa de su voluntaria salida de la Córte:

Que, puesto que el dejarla en coyuntura
Que todos esperaban lo contrario
Les pareció eleccion de su cordura.

Porque el juicio de la Córte es vario,
Nos dijese la causa verdadera
Que lo redujo al trato solitario.

Y bien creemos que las razones que el mismo Bartolomé pone en la boca del Conde, deben de ser, puestas en verso, las mismas que éste le diera para explicar su resolución. Merecen conocerse, y á no ser tan largo el pasaje, de buena gana lo insertaríamos íntegro. Oigámosle:

La ingratitud, que ocupa el poderio
De la Justicia, acrecentó accidentes
Tales, que ocasionaron mi desvío.

.....

Aquí ni la ambicion finge á porfía,
Ni el inocente arado ó ruda azada
Ofrece á la privanza idolatría.

A la privanza, que con ver la espada
Que sobre su cerviz del techo pende
Al pelo sutilísimo añudada.

Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud, que en otros pechos mira,
Sólo por benemérita le ofende.

No ve que si el favor se le retira
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia Real convierte en ira:

Luégo sus confidentes atropella, etc.

.....

V.

Compartía el Conde los dias en la meditacion, el estudio y el cultivo de los campos. En la paz del hogar, con la felicidad del cariño de su esposa, trascurrían las largas veladas del invierno, y durante ellas bosquejaba sus obras poéticas, que por desgracia se han perdido; ó bien se entregaba al dulce placer de la correspondencia con sus amigos.

Al recuerdo de sus desengaños en la Córte se debió, sin duda, una de las pocas obras de su ingenio,

que han logrado salvarse del olvido, y que nunca se ha impreso, que sepamos. Bien es verdad que tambien algun crítico ha llegado á negarle la paternidad, suponiéndola compuesta por su inmediato sucesor.

Nos referimos á la que se intitula: EL BUHO GALLEGO.

Es una especie de apólogo en prosa, ó más bien novela satírico-política, en que, bajo la forma de una ingeniosa alegoría, se trata de graves cuestiones. Los personajes son aves que concurren ó asedian al Buho para que abandone el soto del Manzanares. En *El Buho Gallego*, cuyas heroicas virtudes envidiaban otras aves, fácil es reconocer al buen Conde, á quien los desengaños llevaron á vivir en Galicia, donde habia nacido, y de igual manera reconocerian los contemporáneos á los palaciegos y cortesanos pintados en los tordos, en el pavo andaluz, en el sison manchego, en el cuco aragonés y en todos los demas que allí se diseñan.

Para que no falte en este *Estudio* una muestra del estilo de la desconocida fábula, insertaremos aquí su principio, tomándolo del M. S. que tenemos á la vista.

VI.

HISTORIA
DE
EL BUHO GALLEGO,

CON LAS DEMAS AVES DE ESPAÑA,

COMPUESTA

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE SARRIÁ,

Conde de Lémos, en este año de 1620.

Érase un día de Abril florido, al tiempo que la estrellada diosa, vencida en la lucha del Aurora, corrida caminaba á los fines del ocaso; entónces los no enseñados Pajarillos, en tonos acordados, cantaban melosa (aunque confusamente) el triunfo de la vencedora; y ella, más penosa de haber dejado el tálamo de su dulce Amante que gloriosa del venzimiento presente, sin cesar derramaba tiernas lágrimas, que al mismo tiempo su consorte convertia en perlas y fino aljófar: venía, pues, el opuesto jayan con rostro alegre subiendo el recuesto del Oriente, culpando su tardanza por el lento paso del toro, en que tres dias habia que andaba caballero; sus dorados raios pregonaban ya por los más altos collados su llegada, y al tiem-

po que de ellos recibe la corona Guadarrama, el Buho Gallego, cansado de las largas y prolijas centinelas de las lóbregas y espaciosas noches de frío Ibierno; pensando tener algun descanso en tan alegre dia, salió al Soto del humilde Manzanares, acaso bien descuidado del ocaso, ya sacudiendo sus alas del húmedo rocío de la noche, pensando reposar y gozar á su salvo del sol hermoso, le vino un penoso hazar, que al mismo punto le descubrieron una manada de tordos, ó sanchitos, que desde lo alto de un álamo cantaban en vascuence: Hora fuese envidiosos de que el Buho hubiese madrugado ántes que ellos, ó envidiando otra virtud más heroyca que acaso conozian en él, y no les estaba bien confesarla, ó por lo que ello fuese; ellos se derramaron por el Prado, y convocaron á las demas aves de España á que, con razon ó sin ella, le obligasen á dejar el Prado; las cuales, por el amor que á los tordos tenian, con facilidad confusamente se resolvieron á su opinion; y juntas de tropel le acometieron con furia francesa, pensando de aquella vez no dejarle cañon.

Nuestro Buho, reportándose lo que pudo, requirió sus armas, y afirmándose en buena postura, resistió aquel primer ímpetu, y quando vió que estaban aplacadas y en términos de poder mostrar con razones la poca que habian tenido en quererle ofender, y que no solamente les habia dado causa para ello, pero hécholes siempre mui particulares beneficios, dignos de perpetuos agradecimientos, limpiándoles y guardándoles sus tierras, echándoles de ellas las árabes y africanas aves, en tiempos que se las tenian ocupadas y puestas en extrema necesidad, convezidos con buenas razones á que le escuchasen, y haziendoles un

largo parlamento de las causas que habia , para que no solamente no le aborreciesen , pero venerasen y reverenciasen ; no sé si viéndose atajadas y corridas de lo hecho , porque el Buho les probó haber en su beneficio hecho bienes tantos que con ninguno le podian remunerar , buscaron caminos , aunque aviesos , para salir de tanta obligacion ; y haciendo pleito el caso , sin fundamento de razon de justicia ni razon de derecho , le metieron á voces , y cada uno de palabra , fué calumniando al Buho , no respetando virtud alguna que en él hubiere , y determinaron que cada una de ellas por sí , y en nombre de su patria , le capitulasen , y que el Buho satisfiziese por escrito .

Este acuerdo al Buho le estuvo muy á cuento , á lo que mostró en su semblante ; y así , olvidadas de las Armas , desterrada toda cólera , se sentaron á la sombra de un chopo frondoso , y rodearon al Buho Gallego un Tordo Vizcaino , un Cernícalo Navarro , un Cuco Aragonés , un Milano Cathalan , una Mirla Valenciana , una Golondrina de Murcia , un Pavo Andaluz , un Gilguero Portugués , cerraron el corro . El Ganso Castellano y el Sison Manchego , como dueños del prado en que se hallaban , se sentaron dentro del corro , de manera que estaban en oposicion del Buho . *Quien así las viera juntas aquel dia , le pareciera junta de Cortes* , y á la verdad mucho se le parecia , porque estas aves , como digo , tomarian cada una la voz de su patria para sólo acusar el Buho , por salir de la obligacion que les probó tenerle ; el agraviado de esto , deseoso de sacar de las tinieblas la sinrazon que sus émulos tenian para aborrecerle , primero que entrase en disputa particular , á todos en general les dijo , que si habia alguna entre ellas que fuese de su

bando, ó por lo ménos se hallase desapasionada sin legítima causa de aborrezarle. Y aunque á la verdad estaba cierto que ninguna la tenía, hizo esta pregunta el Buho para si alguna de ellas se mostraba desapasionada, hacerla Juez de la causa. Todas ellas, á una voz, unánimes y conformes, respondieron que no. =No penseis, (dijo el Buho,) que poco ufano quedo de esa respuesta, porque me da nuevos bríos de aszender á maior presuncion, porque no hay cosa que más pregone y descubra la virtud que la envidia y aborrezimiento, y cuando no se hallára otra cosa ó razon para probaros que á todos os soy superior, sólo esta fuera, fuerza bastante, porque á la verdad nunca son envidiosos los súbditos flacos, tímidos humildes, vestidos contrahechos, sino aquellos que ocupan altos y eminentes Lugares, ó tienen por razon de más nobleza, antigüedad y limpieza, más accion á ocuparlos, y aunque de esta parte os pudiera traer muchas consecuencias, basta la que tenemos entre manos, que no me podeis negar, que la nacion española de todas es la más aborrecida y odiosa, no pienso que ignoreis la causa, pero de nuevo quiero referirla.

.....

VII.

Ocupado debia estar todavía en la composicion y lima de su apólogo el Conde de Lémos, cuando recibió la visita de D. Juan de Espinosa, que se presentó en Monforte, fiando su acogida en una carta de D. Luis

de Góngora. Tiempo había que el poeta cordobés no se comunicaba por escrito con su Mecenas, y aprovechó la partida de Espinosa para solventar su deuda. La carta decía así:

«EXMO. SR.:

He hallado mensajero de mi carta, i abogado de mi culpa, que por tal juzgo la omision que he tenido en besar a U. Ex. la mano por escrito. I assi me atrevo ahora a romper el silencio, o por mejor decir, el encogimiento, suplicando a U. Ex. quando no me perdone, no me castigue en su gracia, negándome el nombre de Capellan, i Criado de U. E. de que Yo tanto me honro. Sirvase U. E. de mandarme, como es justo, para que no esté ociosa una voluntad tan rendida. Guarde Dios a U. E. largos i felices años con el acrecentamiento de Estados, que a sus Capellanes nos importa. Madrid i Octubre 2. de 1620. años.= Exmo. Sr.=Besa los pies de U. Exm.=DON LUIS DE GÓNGORA.»

El Conde le contestó desde Paradela en los siguientes términos:

«En qualquier tiempo que lleguen sus Cartas de U. M. a esta casa, han de ser bien recibidas; porque se que le nace del coraçon la aficion que tiene a las cosas délla, i que el dejar de escribir a los amigos no induce olvido, mayormente en quien tien su intencion tan bien probada, como U. M. Todo lo demas que a este propósito pudiera decir, remito a Don Juan de Espinosa, que ha hallado, poco o nada, en que ejercitar el oficio que U. M. le encargó de su

Abogado, i mucho en que echar de ver el deseo, que por acá ai de acudir a quanto se ofreciere del servicio de U. M. como lo haré Yo a todos tiempos. Guarde Dios, etc. Paradela, 25. de Octubre 1620.»

Tan afectuosa epístola movió á Góngora el deseo de hacer una visita al Conde en su villa de Monforte, y allá se dirigió en la Primavera del año 1621. El recuerdo de su permanencia al lado del ilustre magnate, fué consignado por el poeta en este soneto:

«Llegué á este Monte-fuerte coronado
De torres convecinas á los cielos,
Cuna siempre Real de tus abuelos
Del Reino escudo y silla de tu Estado.

El templo ví á Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos,
Si todo lo moderno tiene zelos
Tuviera envidia todo lo pasado.

Sacra ereccion de Príncipe glorioso
Que ya de mejor púrpura vestido
Rayos ciñe de luz, estrellas pisa.

Oh! cuánto deste monte imperioso
Descubro! Un mundo veo! poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.»

VIII.

Más de un año hacía que el buen Conde no recibía noticia alguna de sus doctos amigos de Aragon, cuando en voluminoso pliego llegó á sus manos una

carta del Rector de Villahermosa, y con ella, sometiéndola á la censura y aprobacion del ilustre prócer, una elegante quanto interesantísima epístola en tercetos, que aquél dirigia á D. Fernando de Borja, y en la cual, bajo el disfraz del retirado del *gabancillo verde*, se describia la vida tranquila y feliz del Conde, léjos del bullicio cortesano, y se apuntaban discretamente las causas de su estrañamiento, tomándolas tal vez de cartas escritas por el Conde mismo, quando él las calificó de *traslado muy puntual de la verdad*.

La *Epístola* es una de las mejores de Bartolomé Leonardo, tal vez porque el asunto prestaba amplísimo campo á la inspiracion filosófica del grave poeta. Desde luégo se anuncia interesando.

Para ver acosar toros valientes
(fiesta africana un tiempo i despues goda
que hoy les irrita las soberbias frentes).

Corre agora la gente al coso, i toda
ó sube á las ventanas i balcones
ó abaxo en rudas tablas se acomoda.

Así miraron Étnicas Naciones
miseros reos en Theatro impío
expuestos al furor de sus Leones.

Que tanto importa ver, Fernando mío,
de nuestra plebe un número liviano
que entra á pié con un toro en desafío:

Que ardiendo en la Canícula el Verano,
ni Edad, ni Sexo en todo el pueblo habita;
que falte al espectáculo inhumano?

Yo no concurriré por mi exquisita
austeridad, aunque el benigno indulto

ver fatigar las fieras me permita.

Y así te escribo, miéntras que el tumulto
vulgar nuestro cuartel desembaraza
i en grata soledad me dexa oculto.

Escrito en nuestros dias podrá parecer este relato
á algunos lectores. Pasa despues el Rector á explicar
al de Montesa las causas que le mueven á no seguir
el consejo que le daban de volver á la Córte,

Donde premia los méritos España ;

y poniendo en contraste los excesos cortesanos con
la sencillez de la vida campestre , se resuelve á pin-
tar la

Soledad voluntaria de un amigo

que se ajustaba con el modelo.

Del cuerdo labrador que pinta Horacio ,

y que no era otro que nuestro Conde de Lémos en
su señorío de Monforte.

Censura y aprobacion del contenido de esta pre-
ciosa epístola, envió el labrador á Bartolomé Leo-
nardo, en fecha 9 de Agosto de 1621, en la siguiente
carta:

IX.

*« Válgame Dios, Rector de Villapulcra, y qué
profundo ha sido nuestro sueño! De aquí saco por
cuenta cierta que Vm. y yo, que no somos más que
yo y Vm., que quiere decir dos, hemos parecido siete*

de un año á esta parte. Ya ve dónde voy á parar con mi erudicion; pues yo le perdono el silencio pasado, si todo este tiempo se ocupó en lamer el parto de los desiguales: y como quiera que sea le perdono su silencio por lo bien que habla en sus Tercetos. Elegantisima cosa, mi Rector, y un traslado muy puntual de la verdad. Dæmonium habes, y sino quis tibi dixit que tenemos en Monforte dos raleas de pan, uno que mira á la familia, y otro que miramos yo y mis comensales con mucho gusto; porque es muy blanco y muy sabroso, obra de un ingenio ó artificio Portugués, que llaman ruedas alvares, traídas por arte mia, que es como decir arte del diablo, por el estrecho de Magallanes, Danian y todos los demas estrechos que encierran en sí, y con abreviatura, mire qual será un paso que ha por nombre la cuesta de Velesar. Diferente es el paso de su capítulo, que dice así:

Quién sufrirá el silencio de una aldea
desde que el sol su plebe agreste envía
á sudar en los campos la tarea?

Queda entónces tan sorda y tan vacía,
que ni una voz (y á veces ni un ruido)
suena en las horas útiles del día.

¡Qué plebe agreste, qué sudar la tarea, qué horas útiles! Mal haya quien tal dixo, porque no lo dixe yo, ya se entiende que es de las maldiciones que amagan y no dan. Llenisimos vienen estos versos, no ha hecho mejor cosa en su vida, sólo me da un tantirrico de fastidio aquella palabra, ni un ruido. Porque esta palabra está ya tomada en sentido de pendencia, y él la toma en su primitivo significado

que es sonido. Dirame que tambien se dice hacer ruido. Respondo que como lo uno y lo otro nace del uso, no podemos desquiciarlo, y conbinar de nuevo las voces; y si todavía tiene gana de porfiar y defenderse, podrá decir que no trueca estos frenos, ni hace más que restituir in pristinum ó al propio la palabra que anda desfigurada por tiranía del uso; y así tomó la palabra ruido en su primitivo significado, esto es, para significar sonido, de lo que hay muchos exemplos en los Poetas Castellanos: y D. Diego de Mendoza dixo:

Que yo callo, aunque importuno,
huyendo de dar escusa;
porque quien la da, se acusa
si no se la pide alguno.

Hé allí importuno, que significa, porque sic voluit usus, hombre prolixo, aunque en su propiedad quiere decir fuera de tiempo, y D. Diego le restituye á este sentido, que es el propio y primitivo.

No sé si he dicho algo, ó me he quebrado la cabeza. Si vis enmendari, volo; ego te baptizo; y digo así:

Queda entónces tan sorda y tan vacía
que ni voz, ni otro objeto del sentido.

Y si no para evitar la afectacion ó vulgaridad filosófica:

Que ni una voz, ni áun el menor ruido
suena en las horas útiles del dia.

Que aunque se quita así aquella palabrita y á veces, no hace falta, y ántes queda más encarecido el

silencio de una aldea. Dixi: y pasome al Turco.

Vm. presupone que me ha enviado ya dos veces la dedicatoria de Don Juan Witrian y sus intentos, y yo lo creo ansi, porque es muy honrado prebistero de Cartago, y Cesaraugusta, que para mi que vivo en Monforte es todo uno; y digo verdad que hasta ahora nõ habia llegado á mis manos nada de esto. Vm. acete la honra que me hace su amigo, y le dé infinitas gracias de mi parte, ofreciendo no solo estimacion de su buen ánimo, pero toda la gratitud que se le debe: tanto más habiendome escogido por compañero con exclusion de otros, y tales, en esa traduccion. Espereola ya con particular alborozo. Vm. le anime y pida en nombre de entrambos que la dé presto á la estampa; que aquí y donde quiera que me hallare, me honraré siempre mucho de verme impreso por mano de un hombre tan docto y tan insigne.

Vuelvome á la descripcion del cortesano, y sepa que he gustado mucho del gavancillo verde: lindamente lo dice todo, y muestra como se han de juntar con gentileza virtudes contrarias en un sugeto. Digo que me agrada, no hay que decir. Del resto no se diga: inopem me copia fecit: y nuestro amigo el Vi-rey puede adivinar harto, pues ha tantos dias que traemos conformes dos corazones. Por horas aguardo que mi madre me avise de Madrid; pero yo le prometo que estoy tan a mi placer, que nunca me parece que tarda este aviso. O gran felicidad! Si non possis quod vis, vellis quod possis. Lindos ratos me paso con los libros, y encomendarme a Dios. Todo es risa, mihi crede, nisi vivere jocunde, etc., severe mori. Guarde Dios a Vm. como deseo.

Monforte 9. de Agosto de 1621.

A Gabriel mis encomiendas, y dele Dios lo que merece.

EL CONDE DE LÉMOS Y DE ANDRADE. »

X.

Segun vemos en el contenido de esta carta, esperaba el de Lémos el poder correr á Madrid al lado de su madre. Quizá le inspiraba aquella confianza la variacion ocurrida en el Gobierno al subir al trono Felipe IV. Tal vez no esperaba el rápido encumbramiento del nuevo favorito; ó creia que éste, su antiguo compañero en el cuarto del Príncipe, haria justicia á las nobles cualidades de su carácter. Mucho se equivocaba. Conocia muy poco, á pesar de haber vivido siempre en la Côte, los estrechos horizontes de la envidia palaciega.

Enfermó de gravedad, en Tordesillas, el desterrado Duque de Lerma. Para asistirle acudió allí su sobrino. Apénas convaleciente el enfermo, recibió aquél orden para que sin pasar á Madrid se tornase á Monforte.

En Agosto del siguiente año de 1622 fué atacada á su vez de gravísima dolencia, que muy luégo la condujo al sepulcro, la anciana madre del Conde. Solicitó y obtuvo licencia del Rey para que su hijo pudiera venir á su lado; y acudiendo presuroso, tuvo el Conde de Lémos el consuelo de cerrar los ojos á su cariñosa madre.

A los dos meses no cumplidos murió el Conde, á 19 de Octubre de 1622. Hubo sospechas de que la muerte no habia sido natural. Á dar peso á esta con-

jetura concurre el billete que Lope de Vega escribió por aquellos días á su gran amigo el Duque de Sessa, y que se conserva autógrafo en la colección de sus cartas (1). Cada una de las frases del billete merece estudio y especial meditación:

«Duque mi Señor, yo no sabia nada del CONDE, que
»Dios tiene; y prometo á V. E. que me ha dado tal
»pesadumbre qual en mi vida la he tenido: por ahora
»haze un año que sucedió la primera desgracia: para
»la que es tan grande no hay consuelo, y más ha-
»biendo caydo en ombre tan bien quisto; mucho
»hay que hablar, y que no es para papel: yo aguardo
»á V. E.; á quien me guarde Dios como yo he me-
»nester.»

LOPE.

XI.

Ante tamaña desgracia lloraron todos en la Corte de España; los ménos públicamente; los más en secreto y con terror.

Contaba el Conde de Lémos cuarenta y seis años de edad cuando le alcanzó la muerte. De su matrimonio no habia tenido sucesion.

Sobre lo que sucedió á su fallecimiento, dejemos hablar á un docto escritor (2):

(1) Archivo de la casa de Altamira.—*Cartas de Lope*, t. XI, número 106 de las contenidas en él.

(2) El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el Concurso de 1860.

«Su entierro fué suntuoso. Acompañaron al cadáver desde la casa mortuoria al Convento de las Descalzas Reales, donde se le depositó, las Comunidades religiosas con hachetas encendidas; los señores y grandes, vestidos de luto; cincuenta pobres y todos los criados de la casa. Iba descubierto, vestido de blanco, manto Capítular de Alcántara, cuello abierto y espada dorada, en hombros de los caballeros de su Orden. Presidian el fúnebre cortejo el Conde de Castro, D. Francisco, hermano y sucesor del difunto, el Conde de Benavente, y D. Duarte de Portugal.»

XII.

Fué D. Pedro Fernandez Ruiz de Castro y Osorio, Conde de Lémos, de Andrade y Villalba, Marqués de Sarriá, Comendador de la Zarza en la Orden de Alcántara.

Su retrato, grabado por Besanzon para la *Coleccion de los Españoles ilustres* que publicó la calco-grafía de la Imprenta Real á fines de la anterior centuria, nos le representa de noble y agraciada fisonomía, frente espaciosa, nariz aguileña, boca simpática y expresiva y apuesto continente. Mucho debe tener de la figura del Conde; pues procede del *Teatro heroico-político del gobierno de los Virreyes de Nápoles*, y allí debieron retratarle buenos artistas, cuando contaba treinta y cuatro años.

No conocemos el epitafio que debió ponerse en la sepultura del Conde. Para llenar esta falta, terminamos copiando el *Elogio* que le consagró Lope de

Vega, en el *Laurel de Apolo*, seis años despues de haber fallecido:

Galicia nunca fértil de Poetas
Mas sí de casas nobles,
Ilustres Capitanes y Letrados,
Por no dexar sus partes imperfectas
Cual blanca palma entre robustos robles,
Por donde los cabellos coronados
De mirto y de verbena,
El Sil anciano blandamente suena,
Un Príncipe llamaua
De Lémos, y del Monte de Helicon,
Porque juntar pensaua
Al coronel de perlas
Del Árbol de las Musas la Corona,
Y de un círculo solo componerlas,
Que perlas, y laureles juntamente,
Adornan bien de un gran señor la frente.
Mas como ya pisaua las Estrellas,
O le besauan ya las plantas ellas,
Con Manto militar, insignia verde
El claro y siempre amado señor mio,
Las esperanzas pierde
Y boluiendose Mar, anega el Rio,
Que entrandose en el llanto de si mismo
De Rio se hizo Mar, de Mar Abismo,
Y todos juntos, Rio, Mar y enojos
No pueden igualarse con mis ojos.

FIN.



HSp.B

F 3634

.Ya

Fernandez de Castro Andrade y Portugal, Pedro

Author Asensio y Toledo, J.M. 282358

Title El conde de Lémos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

